

determina todas las funciones? En el seno de la naturaleza, la causa primera, allí donde está la llave secreta de la omnisciencia. Pero este destino no se impone a cualquiera. Cada cual irá en dirección a donde le señalen los latidos de su corazón. En cuanto a nosotros, nuestro corazón late para conducirnos a las profundidades, las insondables profundidades del Fondo primordial. (...) Porque yo me siento igual de bien entre los muertos como entre los por nacer. Un poco más cerca de la creación que habitualmente»<sup>24</sup>.

Maurice Merleau-Ponty ha retomado estas declaraciones de Klee en sus notas al curso en el Colegio de Francia (1959-1961). Hace unas aproximaciones a Schelling, siempre evocando experiencias contemporáneas. Transcribo esas notas en su rápida discontinuidad: «La pintura es naturaleza naturalizante: su mano, sólo el instrumento de una lejana voluntad, porque ella da lo que la naturaleza quiere decir y no dice: el “principio generador” que hace existir las cosas y el mundo, “causa primera”, “cerebro o corazón de la creación”, “saber absoluto”, principio más viejo que Dios mismo (Schelling), ser en bruto. Lo indeleble indestructible (Michaux)»<sup>25</sup>.

De modo parecido, Michel Henry define la abstracción de Kandinsky como una manifestación pura de la vida y como un retorno a la fuente cósmica: «Se pueden trazar tantas líneas como maneras concebibles de desplegar una fuerza y combinarse con otras o combatirlas. Se alza entonces ante nuestros ojos un universo lírico (producto de una fuerza única o de fuerzas concordantes) o dramático (producto de fuerzas antagónicas), cada uno de cuyos arquetipos formales, procedente de nuestras pulsiones y nuestras pasiones, se propone como uno de sus estados. La naturaleza (...) no es lo que la modernidad ha hecho de ella, una substancia exterior a nosotros, extraña, autónoma, difícilmente accesible y de la cual seríamos el reflejo fugaz e incierto. Hunde sus raíces en nosotros, en la Noche de nuestra subjetividad sin fondo, y procede secretamente dentro de ella. Naturaleza original, subjetiva, dinámica (...) de la cual somos la carne, cada uno de cuyos latidos es un latido de nuestra sangre, que se levanta ante nuestra mirada, cede a la presión de nuestra mano, aire que respiramos, suelo que pisoteamos o, más bien, la misma respiración, movimiento y cuerpo que soy: ¡cosmos!»<sup>26</sup>.

Pensada de tal manera, la naturaleza naturalizante forma una pareja con la naturaleza naturalizada. ¿No es el origen la imagen inversa de la acaba-

<sup>24</sup> Paul Klee: «Conférence de Jéna», en *Théorie de l'art moderne*, traducción P. H. Gonthier, Paris, 1982, pp. 28/31.

<sup>25</sup> Maurice Merleau-Ponty: *Notes des cours 1959-1961*, préface de Claude Lefort, Gallimard, Paris, 1996, p. 56/7.

<sup>26</sup> Michel Henry: «*La peinture abstraite et le Cosmos*», *Le Nouveau Commerce*, primavera de 1989, cuaderno 73/4, p. 52.

da perfección? ¿No es la perfección anterior, que se refracta a través de mundos virtuales, el trazado de todos los caminos, las metas lejanas? ¿No se vuelve el origen la autoridad por excelencia, la única gracia a la cual el artista tiene derecho a reclamar? Sólo su sentimiento lo confirma, independientemente de toda norma. Y ésta es toda su seguridad y todo su tormento. Pues nada puede garantizarle que su deseo de alcanzar el corazón latiente de la realidad podrá satisfacerse plenamente. Incertidumbre y angustia sólo pueden acompañar tal reivindicación. ¿Cuál es la condición del acceso al origen? ¿Qué signo permite reconocerlo? Se ha creído que tal acceso se facilitaba echando una mirada sobre las producciones de la infancia, o sobre las culturas consideradas arcaicas o primitivas. Pero ésta es una nueva suerte de mimetismo, inspirado por el anhelo nostálgico. Casi paralelamente, el dictamen de la naturaleza, del cual Kant hizo la característica del genio, ha sido ofrecido durante un tiempo bajo los nombres de inconsciente, libido, pulsión, nuevas representaciones del origen, a las cuales Freud quería añadir y aplicar la marca consciente de la elaboración formal.

El origen es tan simétrico e inverso respecto a la perfección, que la crítica de una de esas nociones se convierte fácilmente en la crítica de la otra. Hay que operar esta crítica y superarla. Algunos artistas no dudaron en hacerlo. La famosa frase de Picasso: «No busco, encuentro», reivindica un querer doble: la «originalidad» del artista reúne, en un solo gesto de cortocircuito, el origen, el camino y el hallazgo, que es la fase paradójicamente provisoria de la perfección. Podemos preguntarnos, por cierto, si Picasso se dejó guiar por la ley del origen o si pintaba, sin la menor ingenuidad, siguiendo a toda la pintura precedente, imprimiendo su invención y su prodigioso poder de emulación a las imágenes y los estilos de toda la tradición. Energía primera, metaestilo: una no es menos verdadera que el otro. Una estética del primer impulso no es inconciliable, en él, con una estética del préstamo. En cuanto a mí, acepto no ver en ello ninguna contradicción. Acepto, como un ensueño gratuito, que la fuerza imaginante que se manifiesta en el gesto de un artista o en la palabra de un poeta sea de la misma naturaleza que la fuerza que construyó el cristal, las primeras moléculas vivientes, los follajes, las culturas, las figuras de los dioses, los templos cubiertos de frescos...

¿Por qué habríamos de pensar en un origen inalcanzable, casi trascendente, como pudimos pensar, por algún tiempo, en una inalcanzable perfección? Si el origen es cosa del pasado, sólo conoceríamos de él un eco debilitado. Si la perfección no existiera, de alguna manera, no la deseáramos. Los tres momentos que distinguen estas páginas son los nombres de tres lugares temporales que la reflexión debe separar. Seguramente, siem-

pre hay una historia. Pero cada instante presente es un renovado origen. Lleva en sí la posibilidad de una perfección a punto de eclosionar. En el momento de la comprensión y del placer, sólo hay un fuego, una potencia que se confunde con el fin, y el camino se ha recorrido, y a la vez, abolido<sup>27</sup>.

**Jean Starobinski**

*Traducción: Blas Matamoro*

<sup>27</sup> Estas reflexiones deben mucho al texto de J. B. Pontalis que abre el número 50 de la Nouvelle revue de psychanalyse (*L'inachèvement*, Paris, otoño de 1994), así como a los estudios de Christophe Carraud y Michel Constantini aparecidos en *L'Oeuvre et ses métamorphoses*, IAV, Orléans, 1994.



Figura, 1978